

que soy el padre de los "punks". Tonterías.

—En su libro *Notas de un viejo indecente* critica a la juventud americana radical de los años sesenta.

—Yo no tengo ideas políticas. Pero estuve conviviendo con jóvenes revolucionarios que se pasaban el tiempo discutiendo de la revolución mientras se drogaban y jodían a las novias de los amigos. Eso es lo que observé en los años sesenta en este país. Me parecía absurdo que esa gente viviera de la forma que lo hacía y aun hablara de hacer la revolución.

—¿Cuáles son sus autores favoritos?

—De Hemingway aprendí a escribir con sencillez, pero a John Fante le debo haber aprendido a que la emoción entrara en mi escritura. Respeto el estilo de Céline. Me llegó a gustar D. H. Lawrence. De joven buscaba maestros en los estantes de las bibliotecas públicas y la mayoría de los libros me parecían ejercicios pedantescos. Por eso la gente que va a las bibliotecas pone cara de aburrida.

—¿No menciona a Henry Miller?

—Le he leído poco. Es a veces muy bueno, pero es demasiado voluminoso y se pierde en disquisiciones.

—Usted ha tenido problemas con los movimientos feministas, ¿verdad?

—Yo fotografío con un poco de humor la realidad de la sociedad en que vivo.

—Una última pregunta, ¿son verdad todas las aventuras amorosas y las borracheras que describe en sus libros en los que Chinaski, alter ego de usted, es siempre el héroe?

—Sí, en su mayoría.

—Pues lo ha pasado usted bien.

—Sí, pero por eso tengo ahora el cuerpo agotado...

• • •

Bukowski mira a su compañera de estos días, Linda Lee, y se ponen a reír. Bebe un poco más de vino. La mesita que está delante de nosotros está repleta de botellas. Salimos los tres tambaleándonos un poquito y cogidos de los hombros. Estoy en mi coche y Bukowski y Linda Lee me arrancan dos naranjas de un naranjo. ■

¿ que no te has enterado —pregunta Fabio— de que la homosexualidad no es una enfermedad ni un desorden genético?

—Llegas tarde por unos minutos: acabo de leerlo en el periódico —responde Critilo.

—¿Y qué te parece este nuevo descubrimiento de Masters y Johnson?

—Me parece, ¡oh Fabio!, algo así como descubrir el Mediterráneo o descubrir la pólvora. Este honesto matrimonio de sexólogos norteamericanos se ha llevado quince años investigando para llegar a una conclusión que muy bien pudiera recordarnos, a más de uno, el parto de los montes.

—Puede que sea un Mediterráneo para ti y para mí —dice Fabio—, pero para los del Front

d'Alliberament Gal de Catalunya, por ejemplo, también puede ser un argumento más a la hora de entenderse con los del Ministerio del Interior. ¿Sabes lo que les contestaron la última vez? Que "la pretensión de que la homosexualidad sea considerada como un derecho... resulta plenamente contraria a las declaraciones universales y tratados internacionales sobre los derechos humanos".

—¿Y ha llegado a tus oídos —añade Critilo— el comentario de Roger de Gaimon, coordinador del Front, a esa parida mental del Ministerio? Pues viene a decir este señor, y con más razón que un santo gay, que no se reclama el derecho a ser homosexual, como no se reclama ni puede reclamarse el derecho a ser rubio, moreno o bajito; lo que se reclama es el derecho a que las personas no sean molestadas ni reprimidas (ni vapuleadas) a causa de sus tendencias sexuales.

—¿Y a ti te parece bien, Critilo?

—A mí me parece de perlas —dice Critilo—. A mí, la represión social de la homosexualidad me ha parecido siempre un incalificable disparate. Yo creo que más bien habría que fomentarla.

—Hombre, eso es nuevo. No se les ha ocurrido ni a Masters y Johnson.

—Será que no han caído en la cuenta.

—Me parece bien que admitamos la homosexualidad, como ya hace el cincuenta y cinco por ciento de los franceses, según las últimas encuestas —concede Fabio—, pero, ¿por qué habríamos de fomentarla?

—Por dos razones, sobre todo —dice Critilo—. La primera, porque suele estar autorreprimida, como muy bien saben los psicoanalistas, y si es liberada socialmente, disminuirá la autorrepresión y aumentará el bienestar de los que sufren por su causa. Ya es una razón de peso, creo yo. La segunda, por lo mismo que habría que proteger y fomentar, como he sostenido otras veces, la eutanasia y el aborto: por razones de superpoblación.

—Pues como sigamos con fomentos de esa clase, nos vamos a quedar más solos que la una.

—No tan solos. ¡Hacia el crecimiento cero por la liberación de las pulsiones homosexua-

les!, ése podría ser nuestro lema. Se trata, ¡oh Fabio!, de la más "natural" de las soluciones. Ya lo dijo García Lorca: "El cielo tiene playas donde evitar la vida". He ahí las playas del cielo, el instinto colectivo de la especie, el divino control de la natalidad, pese a nuestra heredera y tristísima moral antihedónica. Por otra parte, siempre he creído que los homosexuales, de no estar tan perseguidos y tan mal vistos socialmente, podrían tener una vida erótica más satisfactoria que los heterosexuales. Ahora el estudio de Masters y Johnson pa-

rece que viene a confirmarlo. Según una de sus conclusiones, entre las parejas homosexuales se da un mejor entendimiento que entre las heterosexuales. La razón parece obvia: resulta más fácil descubrir las

zonas erógenas y demás cosquillas a una persona del propio sexo que a otra del sexo opuesto. Por eso, del estudio de Masters y Johnson, lo que a mí me choca es que haya homosexuales que se sometan a una psicoterapia para cambiar de tendencia. ¡No saben lo que les aguarda! Si lo consiguen, será para muchos como salir de Málaga y meterse en Malagón. Vamos, que si el cambio inverso es posible, casi estaría dispuesto a hacer una permuta con alguno de ellos.

—O sea, que te pasarías a la acera de enfrente.

—En una sociedad tolerante, sí, seguro que lo haría. Fíjate en las ventajas. Primera, no habría problemas de píldoras ni abortivos. Segunda, no habría problemas de ritmo orgásmico (ya sabes que adolezco, a veces, de lo que las mujeres llaman eyaculación precoz: precoz para ellas, claro). Tercera y principal: no podría ni casarme, ni divorciarme, ni volverme a casar, que son las tres cosas que yo he hecho, y ya sabes cómo me ha ido.

—Tampoco podrías tener hijos —observa Fabio.

—Tampoco —reconoce Critilo—. Pero de no haberlos tenido, no los habría echado de menos, puedes estar seguro. Y siempre se podría adoptar uno, o incluso obtenerlo por inseminación artificial o algo así. Personalmente, me hubiera conformado con tener sobrinos, que dan menos lata, porque están con sus padres.

—¿Sabes que me estás resultando un aventajado discípulo de Diógenes el Perro y Krates el Tebano?

—¿Quieres decir que soy un cínico? Pues sí, me apunto a esa tan calumniada filosofía. Soy un cínico, o sea, soy sincero y anticonvencional. Y también creo que traer hijos a un mundo como éste es, para un filósofo, un crimen con premeditación y alevosía.

—¿Y traer hijos homosexuales?

—También. Sólo que con la atenuante de que así, al menos, no habrá nietos —concluye Critilo. ■

NOTA.—En el artículo "La sábana santa" (número 849, 5 de mayo de 1978), al final hay un párrafo donde se lee: "Y esta sola frase mía tiene más fuerza moral y probativa...". Debía decir: "moral y probatoria...".

Homosexuales

JOSE MARIA VAZ DE SOTO